

# CULTURA, DEMOCRACIA Y DESARROLLO

## Introducción

Ricardo Lagos E.

1.- En América Latina se están produciendo simultáneamente procesos de consolidación democrática con crisis de los sistema de representación. Ello se explica en gran parte porque la democratización o redemocratización política de los últimos diez años, son el signo más visible de fenómenos muy profundos que afectan al conjunto del sistema político, a las relaciones entre Estado y sociedad, a la cultura y modo de pensar y hacer la política. Es probable que en esta materia estemos asistiendo a un cambio de época en el modelo socio-político, del mismo modo que parece asistirse a una nueva época en materia de modelo de desarrollo.

2.- Esta transformación es triple, cultural, institucional y práctico organizacional, y puede definirse como el término de un modelo socio político caracterizado por el predominio del pensamiento revolucionario y la fusión entre Estado, por un lado; partidos, movimientos o liderazgos, es decir, sistema de representación, por otro; y, finalmente, sociedad y actores sociales. La forma privilegiada de esta fusión, aunque no la única, era el populismo o el modelo nacional popular. Lo que está por verse es si podremos construir un modelo socio político de concertación, negociación, confrontación y competencia propiamente institucionales, si los regímenes democráticos serán relevantes para canalizar las demandas y conflictos sociales, y si Estados, partidos o sistema de representación, y sociedad civil o actores sociales podrán cada uno, a la vez autonomizarse, fortalecerse y complementarse. El riesgo en este proceso es menos la regresión autoritaria, aunque ella siempre está presente, que, sobre todo, la irrelevancia del régimen democrático frente a poderes fácticos, y la descomposición de las formas estatales, de representación y de acción colectiva.

3.- Este paso de un viejo modelo socio-político a uno nuevo, acuciado por tales desafíos y más allá de las transiciones desde el autoritarismo a la democracia, plantea una profunda mutación en los sistemas de representación y partidarios, al menos en dos dimensiones. Por un lado, a nivel del sistema de partidos, es decir, al conjunto de ellos, sus relaciones mutuas y sus vinculaciones con la sociedad. Estos sistemas partidarios o se construyeron sobre determinados clivajes, o fueron máquinas inclusivas (catch all parties) que no representaban los verdaderos fraccionamientos de la sociedad, o asumieron por sí mismos la representación del conjunto de la sociedad excluyendo a otros. Lo que predominó fue una visión generalizada tanto en el sentido que las diversas contradicciones o fraccionamientos en las que

se basaba el sistema partidario, eran los únicos y permanentes y, por lo tanto, se excluía la representación de otras contradicciones y fraccionamientos; como en el sentido que había una contradicción principal (laicismo-confesionalismo; capitalismo-trabajo o capitalismo-socialismo; autoritarismo-democracia; crecimiento-estancamiento), cuya resolución automáticamente resolvía todas las otras contradicciones de la sociedad. La visión mesiánica o revolucionaria atravesó a todos los partidos que identificaban sus propios intereses y visiones con el país, y cuyo ideal más que la confrontación o competencia, era la eliminación o absorción del otro. Por otro, a nivel de los partidos individuales, el ser portavoces de una verdad única y excluyente, los hacía organizarse de un modo en que la militancia heroica sustituía la representación por la convocación y en que los sistemas de decisión interna, independientemente de su inserción en un régimen democrático a nivel de la sociedad, estaban teñidos de caudillismos, fraccionalismos, corporativismos, es decir de formas más autoritarias que democráticas.

4.- Tres me parecen ser los cambios más importantes que afectan al sistema de representación, modifican las formas de ciudadanía e implican un cambio de cultura política. El primero se refiere a que surgen nuevas contradicciones o fraccionamientos que se superponen o, en algunos casos reemplazan los antiguos, y que obligan o a la reformulación del sistema de partidos asentado sobre los ejes antiguos o a su absorción por parte de este sistema. Como ello es siempre lento, estas nuevas contradicciones no siempre encuentran en los partidos su mejor expresión, por lo que buscan otras formas de representación. Dicho de otro modo, la política cambia de contenido, lo que significa que lo que no está en crisis es "lo" político, sin la actividad política tradicional que no da cuenta de "lo" político. El problema en relación a los medios de comunicación, entonces, no es sólo el de la invasión indebida por parte de ellos en la esfera de la representación, sustituyéndola por la apelación publicitaria o la propaganda y la exaltación carismática, sino más profundamente, el que mientras no se constituya un nuevo modelo de representación que supere la crisis y problemas descritos, tal sustitución será inevitable.

5.- El segundo es que la cultura política ha cambiado de modo que desaparece la visión que un eje de la acción colectiva resuelve por sí solo los demás problemas de la vida social. Ello significa que cada partido está obligado a posicionarse sobre el conjunto de ejes que atraviesa la sociedad y no puede subsumirlos en una sola contradicción como ocurría en el modelo anterior. Y, por supuesto, entre estos diversos ejes, hay contradicciones que no se resuelven con la ideología del cambio global: una propuesta en uno de estos ejes puede ser contradictoria con la mejor propuesta para otro. Dicho de otra manera, la política cambia de forma, y desaparece el estilo revolucionario o totalizante, los partidos o actores políticos deben representar

a la sociedad, al menos en cuatro grandes ejes que define el conflicto actual, sin soluciones traspasables o automáticas entre uno y otro. Estos ejes son: a) la profundización de la democracia política y la superación de enclaves no democráticos, entre los que se cuentan las formas de gobierno, las descentralizaciones, las formas de participación, las relaciones cívico-militares; b) la redefinición de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento, equidad y una inserción internacional autónoma del conjunto y no sólo un sector de la nación; c) la superación de la pobreza estructural que divide a las sociedades y a todos sus sectores sociales entre los que quedan dentro y los marginados; d) la formulación de un modelo de modernidad y formas de convivencia que permita la plena expansión de los diversos sujetos sociales, y que combine la racionalidad científico-tecnológica, la racionalidad expresiva o comunicativa y la memoria histórica de cada uno de ellos.

6.- El tercer cambio resume la transformación del contenido y forma de la política. Pasamos de políticas ideológicas a políticas más instrumentales. Ello es positivo en la medida que se abandonen fanatismos y sectarismos que polarizan la sociedad. Pero conlleva el riesgo de la primacía del interés por sobre la ética y los valores o la preocupación por la "sociedad buena", convirtiendo a la política en un simple mercado, donde impera la ley del más fuerte, no en términos de fuerza física, sino de poder simbólico, político o económico. De la política jacobina que movilizaba masas con cierto fanatismo, pasamos a la política maquiavélica de manipulación cupular. El riesgo universal es la corrupción entendida ella como el uso de las instituciones de interés y bien comunes, sino en beneficio sectorial y particular, no sólo en términos económicos políticos o simbólicos.